

# LAS PLAZAS

*YA NO TIENEN NOMBRE PARA MÍ*

**DIEGO DAVID ALARCÓN**



DIEGO DAVID ALARCÓN

# LAS PLAZAS YA NO TIENEN NOMBRE PARA MÍ

EDICIONES   
*MUZA* INC  
TU LIBRERÍA VIRTUAL

Diseño de Cubierta: Rosanne Leblanc

Depósito legal:  
Biblioteca Nacional de Canadá

ISBN: 978-0-9813153-5-5

Derechos exclusivos de la edición electrónica en castellano  
reservados para todo el mundo:  
© 2009, Ediciones MUZA Inc. Canadá  
[www.tulibreriavirtual.net](http://www.tulibreriavirtual.net)

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la carátula, puede ser transmitida de manera alguna ni por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin permiso previo del editor. Tampoco podrá ser reproducida o almacenada con fines comerciales

---

# ÍNDICE

**Las plazas ya no tienen nombre para mí. 5**

**Beberemos café hasta ennegrecer 7**

***ACERCA DE: 11***

---

## Las plazas ya no tienen nombre para mí.

Diego David Alarcón

Cuatro caballos deambulan primero, después corren alocadamente. Se detienen, beben agua, siguen corriendo. No detendré más estos caballos salvajes, les cortaré las riendas y les cortaré apenas el lomo para que sangren y recuperen su ansiado instinto, su olvidado pulso, su mecánico entusiasmo, su locura interna.

Los renglones bailotean y la calle es ancha. El C1 pasa como un tren asombrado, desacomodando el viejo relajamiento de los espíritus de la calle y silba y truena y ronronea y se detiene ante un semáforo. Al tiempo esta sirena trepada a la torre como un vigía implacable alumbra con foco intenso a una cierta parte teatral de la noche. Donde se mueven sin sigilo los dinosaurios y al anochecer los tigres y demás gatos. El ritmo descongelado se yergue, se calza los pantalones y escribe con tinta roja.

Detente antes de decir las cosas que corresponderían a una lápida. Calla los idiomas del sol y de la luna.

Se va desvaneciendo la música. Se apaga. El aire ahora nos encuentra limpios. Excelente, excelente, dice la crítica. La crítica nos aclama. Escribe buenas cosas sobre nuestro arte y nos ayuda a vender. El aire pesado

nos hace transpirar. El sudor es una película de hielo. Resbala en la piel y la vuelve como la piel de las serpientes. Serpientes terrenas y serpientes marinas. Pero corre un aire fresco ahora. Hay probabilidades de que provenga en realidad de un ventilador bien ubicado, o será un soplo escondido en nuestro interior o entre todos.

Vigía, gira la linterna. El banco vira y observamos. Una bolsa con tierra, tierra pesada y llena de aire. Puede crecer cualquier cosa en esa tierra. Un árbol de cien años podría crecer tranquilamente en una maceta rellena de esa tierra. Dos o tres gotas caen en este desierto. Pero no es apropiado llamarlo desierto, ya que éste consiste en una muy buena tierra, porosa y fértil como el océano. Estas gotas la abren y le dejan surcos marcados en la piel. Un estímulo regularmente aparece y marca como un ritmo para todo esto. No es que importe especialmente, sino que ahí está y esto es más bien como la comprobación de un hecho.

El día domingo está hecho. Ahora es solamente, nuevamente, la tinta roja escribiendo caracteres. El resto ha sido desagregado como por un mandato. Pero no os

---

durmáis, no tardará en aparecer algo que cubra el panorama o que sirva de protagonista a la hoja. Los pies descansan ahora sobre el suelo. Es un tacto maravilloso. Ahí están las sandalias para seguir caminando. Una maciza obra de arte. Como las vías del tren. Como el tren mismísimo. Como un succulento trago de color amarillento.

---

## Beberemos café hasta ennegrecer

Me llegué hasta donde estaba el tren desplegado como la arena en las vías. Infinidad de vagones. Cofres de hermoso metal oscuro, ahí, a la vista, mistificando el aire dormido. Me aproximé al primero. Era alto y tenía la puerta abierta. El suelo era arcilloso, había una humedad de río o de arroyo. Recordé inmediatamente cuando iba a pescar con mi abuelo. Pasé al vagón siguiente. Era igual. Al siguiente, igual. En uno había un afiche de una mina en pelotas. En otro, entre el aserrín del suelo, una moneda extraña y brillante como una mirada. Era o muy vieja o extranjera. Estaba tan gastada que no se distinguía la leyenda. En el vagón siguiente me dormí un rato. Dormí como un bebé de pecho. Me desperté como nuevo o como otra persona. Me entraron ganas de cagar, irresistibles ganas. Recordé que en los primeros vagones había visto diarios en los rincones. Fui al segundo, encontré los diarios pegados a la madera que hacía de pared. Me senté y me eché una lenta cagada. Fue algo muy fructífero de mi parte. Era una buena voz blusera o una armónica dulce cantando y gozando en el maravilloso éxtasis tranquilo y azúleo del blues. Volví al vagón que me parecía era en el que había despertado. Pasé al siguiente. Era exquisito, estaba adornado con un

lujo exótico y desaforado. Pero no diré más de ese, al menos por el momento.

Empecé a tener hambre. El sol ya estaba bajo. Increíble, ya era de tarde..., y avanzada. Decidí recorrer dos horas más de vagones o dormir en alguno y después buscar algo para cenar. Y así hice, salvo porque en uno de pronto encontré un cuaderno, saqué la lapicera que traía en el saco y comencé a escribir. El cuaderno tenía tres hojas usadas y cientos de hojas arrugadas y amarillentas sin usar. Me sentía escribiendo en un papiro. Y así era.

Fui a ese miserable departamento mío y busqué plata y un abrigo. Me compré una hamburguesa y un jugo, volví al departamento, y salí de allí con una frazada y una almohada en un brazo y la hamburguesa y el jugo (en una bolsa) en la otra mano (del otro brazo, se entiende). (Escribo todo esto para que se conozca una historia auténtica, o sea, una de esas historias que autentican y revelan a un hombre en relación consigo mismo y con el mundo biológico y geológico).

Volví aproximadamente adonde había dejado en el tren, pero no encontré el vagón lujoso. Me metí en uno a esa altura más o menos. Desenvolví el paquete de la hamburguesa y comí con hambre y un júbilo desconocido, como si una tormenta me llevara dentro de

sí. Comía y tomaba jugo como un loco voraz y sediento, me chorreaba la grasa y el líquido por la barba, me reía con la boca llena, me sentía un chacal en su festín. Había descubierto y me había incorporado a ese maldito tren. Pasaría de vagón a vagón hasta el fin del mundo y de los tiempos. Me quemaría vivo ahí dentro.

Ya más tranquilo tanteaba las últimas papas fritas y prendía un cigarrillo.

Pensativo miré hacia fuera, hacia la noche abierta, esférica. A la tierra confundiéndose con el cielo sin sorpresas, sin matices delatores. Un solo cubo uniforme y magnífico, oscuro y embriagador. Como este vagón. Como mi sentimiento ahora. Sí, como el sentimiento de este comunacho tipejo desgarrado y bufonesco que aquí carbura estas cosas. Abrí el cuaderno y me puse a escribir estas cosas. Era bueno. Tenían peso, vida propia. Una tras otra, un renglón tras otro. Cinco o seis páginas. Y un sueño oscuro, pesado y mugriento se me apoderó y me mezcló con la espesa noche cúbica en un opaco amasijo.

Cuando me desperté fui a comprar una lata de pintura para interiores. Cuando me preguntó qué color quería me salió naranja, instantáneamente, como si lo hubiera escupido.

Así que estuve pintando todo ese día y salía a caminar y a buscar comida.

Después escribí.

Y a dormir.

Fue un excelente día.

Lo que escribía se me iba de las manos.

Otro día, otra lata de pintura, color roja esta vez, otro vagón.

Comencé a comprar vino para la noche.

Fue una muy buena idea.

Bebía y escribía, bebía y escribía, toda la noche.

Empecé a dormir de día. Desde, supongo, las seis de la mañana, hasta, digo, eso del mediodía.

Una de esas noches estaba sentado en el vagón, comiendo una manzana y mirando hacia fuera cuando la vi. No sé por qué se me quedó mirando. Fuimos a tomar una cerveza. Todo bien. Me dio su número. Quedamos en que la llamaba.

Volví al vagón, lo extrañaba. Se había apoderado de mí esa sucia covacha.

Escribía cosas cada vez más estúpidas, extrañas e inconexas.

Era entonces como vivir en un crepúsculo. Una mano se había tendido justo bajo el sol, tapando tanto su luminosidad como toda influencia y efecto de esa irradiación, y esa mano proyectaba una sombra amorfa, cambiante, y bajo esa sombra se vivía, quiero significar: yo vivía. Los actos eran reflejos; y a todos los estímulos los sentía mentales, falsos. Todo estímulo era una impostura pero toda respuesta se desprendía de éstos inmediatamente; así que no había con qué darle, era un movimiento único. Era, todo lo que pasaba, un teatro de títeres y no había con qué darle. Así que había como una rendición a ello, sin que ello cambiara mucho la cosa, o nada, pero ahí estaba en el tren, tan hermoso en su solo estar ahí para él y él para ese andar entre vagones,



alimentándose y cagando, haciendo y no haciendo y era como si el tren se echara a andar. Y nada de esto era de ninguna manera.

Me senté en un almohadón (empecé a traer las cosas hace poco, no sé cuánto) y aquí estoy. Hace unos días vienen mariposas aquí, ¿será por la humedad? A veces hay tres o cuatro, pero a veces es insólito y hay cientos, todas pegoteadas contra las paredes (algunas de estas paredes tienen la madera que recubre al metal, otras el metal desnudo). Son mariposas chicas, pardas, sucias. Se la pasan ahí, durmiendo su sueño, pero a veces las veo volar y girar. Si los diarios o los noticieros lo supieran sacarían alguna nota al respecto, imagino. Dependiendo de la excitación de su curiosidad, quizá hasta llamarían a un biólogo o alguien a que dé su explicación, la que sea. Pero quizá no sacarían nada. Es posible que nadie dé ni diez centavos por la noticia.

La vela alcanza y sobra para iluminar todo este recinto aquí. Cruzan la imaginación vagas instantáneas de fuego, cambiantes, diferentes. Se escucha una música que no se alcanza a distinguir. Alguna casa de los alrededores, seguramente. Cierto que hay alrededores... y casas y cosas y animales y hombres. Y hombres que escuchan música y música a buen volumen. Debe tratarse de una fiesta, de seguro. La noche es fríamente indiferente a la fiesta. El campo oloroso y fresco. Pero no estamos en el campo. Esto es la ciudad. Una parte más tranquila de la ciudad, si se quiere, más al margen.

Se me confunden los murmullos de los fuegos en mi cabeza con el crepitar de la música deforme y hete aquí

cierta somnolencia. Pero eso no hace ninguna diferencia. Es agua sucia, como todo lo demás. Pero la cabeza, sus interiores, lo que se halla dentro de los límites del cráneo, está ahora seco y reseco, no húmedo y fluídico como suele. Mejor así, todo rebota contra esta piedra muerta. Todo es lo que es y muere de un paro cardíaco, súbitamente.

Pelé una naranja y me la comí. Ése fue el combustible para darme a inventar mil discursos de miles de gentes distintas y oyéndolos me parecieron verosímiles y sabía que todo lo que todos decían era vano y ni una palabra de nadie tenía algo de significado para mí y era gratuito y era nada. Una nube autónoma, ya disuelta para sí misma.

¿Está bien que siga prestando este servicio de perceptor? Sí, dejemos que se las arreglen ellos; ellos son los políticos, los hacedores del mundo. Pero ya nada de esto importa porque nos vamos a dormir.

Mira cómo se destacan los almohadones en el suelo, con aura propia, son velas a su modo.

Apaguemos la vela entonces y manejeémonos en esa masa oscura y consistente.

Hay que cerrar la puerta del vagón, la corriente de aire de la madrugada me ha jugado ya algunas malas pasadas.

Tendría que bañarme mañana; erradicar lo pegajoso y lo espeso que no corresponde a la noche... aunque si persisto probablemente el olfato termine por acostumbrarse... no, mejor bañarse, no es cuestión, no es cuestión... todavía, ja, no, mentira, aunque no sé.... A otra cosa. Acabo de darme cuenta de que ya estoy

dormido hace rato. ¿Asombroso, no? ¿Cómo seguirá esto?

Poco importa. ¿Podré hacer lo que quiera? ¿Por qué no duermo completamente? ¿O siempre dormiremos así? Estoy lo suficientemente cansado. Pero también estoy descansando. Será automático, seguramente. Podría tratar de dejar de interesarme específicamente, abandonar un poco más el mando. ¿Se podrá? ¿Servirá? Lo que sea. Se pueden ir todos muy bonitamente al carajo.

Fui al mediodía y la llamé desde un público. Esa noche no podía, pero mañana sí, dale, estaría bueno, tomamos una birras, y sí, la seguimos, buenísimo, un beso, chau chau. Me fui a desayunar a un bar. Me senté en una mesa afuera. Había una medialuna masticada. Tres abejas revoloteaban y caían sobre la medialuna y le hincaban los dientes. Vino la moza y me tomó el pedido. No servían ya desayuno, eso era hasta las once horas. Pedí un menú de almuerzo y ella salió con pasos largos, aunque se las ingeniaba para mover el culo.

En ese momento sentí algo en el cuello, manoteé y me saqué justo a tiempo una abeja que ahora lucía arrugada y malévola. La hija de su madre me quería asesinar. La apreté fuerte entre mi mano. Miré mi puño cerrado, lo abrí y vi su cadáver, quieto. Me limpié en el pantalón y me recliné sobre el asiento. Estaba todo nublado el cielo. Aunque nunca se sabía con este tiempo. Últimamente estaba en su punto para el manicomio. El manicomio de tiempos locos. Me sonreí. Sentía que llevaba hace años este tipo de vida que recién hace un par de semanas ha empezado, por lo menos en lo cronológico.

La comida consistía en pollo al horno y .....

***Para conocer el resto de la historia puedes adquirir el libro oprimiendo el botón “Comprar ahora”. El manejo de tu pago lo hace PayPal de manera confidencial y segura. Paypal maneja mas de 150 millones de cuentas en el mundo.***

***Y además las ventajas del libro electrónico:  
TAN CÓMODO COMO UN LIBRO DE PAPEL, A MÁS  
BAJO PRECIO, A SALVO DE INCENDIOS,  
INUNDACIONES O POLILLAS.***

***Cuando adquieres un libro electrónico, puedes elegir los modos de lectura que te parezcan más cómodos:***

***Ajusta el formato del libro al tamaño de tu pantalla gracias a los botones de aplicación del PDF. No tienes por qué estar pinchando las teclas Page Down o ENTER por cada línea o párrafo que leas. Puedes hacer aparecer una página completa en la pantalla y disfrutar de una cómoda lectura sin tener que utilizar demasiado tus manos ni forzar los ojos.***

***Imprime el texto completo o por partes según tu ritmo de lectura. Si no deseas quedarte varias horas frente a una pantalla, puedes imprimir el libro electrónico para tu uso personal. Es completamente legal***

***Puedes crear copias de seguridad que te permitan conservar el texto en tu PC, en un CD, una memoria USB o en tu propia cuenta de correo electrónico.***

## **ACERCA DE:**

**DIEGO DAVID ALARCÓN.** Córdoba, Argentina. 1979. Escribe desde los 17 años. Su obra "*Las plazas ya no tienen nombre para mí*" fue publicada en Argentina por "Ediciones Recovecos" y tiene además dos libros inéditos: uno de cuentos y poemas; y otro de prosa poética y pensamientos. Estudió en el Colegio Nacional de Monserrat. Pasó por diversos oficios, en donde tuvo la oportunidad de desarrollar una fiel observación. Para hacerse de un ritmo más vertiginoso y de una mayor concentración vital, lee, fervientemente. Y para comunicar algo, escribe un poco. Actualmente se desempeña como corrector de una importante editorial de Córdoba. "»»»»"

